

December 2020

Biblioteca Se Sentanemililis. La Experiencia De Una Biblioteca Comunitaria Desde Las Voces De Sus Actores

Guadalupe López Hernández

Mediadora de lectura y Estudiante de la Maestría en Literatura Aplicada de la Universidad Iberoamericana Puebla., nautaazul@gmail.com

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.fiu.edu/led>



Part of the [Language and Literacy Education Commons](#)

Recommended Citation

López Hernández, Guadalupe (2020) "Biblioteca Se Sentanemililis. La Experiencia De Una Biblioteca Comunitaria Desde Las Voces De Sus Actores," *Revista Electrónica Leer, Escribir y Descubrir*. Vol. 1 : Iss. 7 , Article 6.

Available at: <https://digitalcommons.fiu.edu/led/vol1/iss7/6>

This work is brought to you for free and open access by FIU Digital Commons. It has been accepted for inclusion in *Revista Electrónica Leer, Escribir y Descubrir* by an authorized administrator of FIU Digital Commons. For more information, please contact dcc@fiu.edu.

BIBLIOTECA SE SENTANEMILILIS. LA EXPERIENCIA DE UNA BIBLIOTECA COMUNITARIA DESDE LAS VOCES DE SUS ACTORES

SE SENTANEMILILIS LIBRARY. THE EXPERIENCE OF A COMMUNITY LIBRARY FROM THE VOICES OF ITS ACTORS.

Guadalupe López Hernández¹⁸

Resumen

El presente artículo comparte el proyecto de una biblioteca comunitaria, ubicada en una comunidad rural e indígena de México, desde las voces de quienes la idearon y construyeron; de los niños que la frecuentan y de los jóvenes responsables de atenderla. La historia "única" de la lectura que prevalece en el discurso hegemónico es la de una actividad escolar o de intelectuales, recientemente de actores o deportistas. Sin embargo, las prácticas de lectura son muchas y muy variadas, pero los discursos oficiales han legitimado solo algunas, invisibilizando otras que no son menos valiosas o legítimas y han creado falsas imágenes de la lectura y estereotipos de lectores. Entonces, se hace necesario mirar y escuchar esas otras historias a las que los grupos de élite no dan lugar. Esta es una de esas historias.

Palabras clave: biblioteca, lectura, lectores, testimonio, discurso hegemónico.

Abstract

This article shares the project of a community library, located in a rural and indigenous community of Mexico, from the voices of those who devised and built it; of the children who frequent it; and of the young people responsible for caring for it. The "unique" history of reading that prevails in hegemonic discourse is that of a school activity or of intellectuals, recently of actors or athletes. However, there are many and very varied reading practices, but official speeches have legitimized only a few, unvisitable others that are no less valuable or legitimate; and have created false reading images and reader stereotypes. So, it becomes necessary to look and listen to those other stories that elite groups do not give rise to. This is one of those stories.

Keywords: library, reading, readers, testimony, hegemonic discourse.

18) Mediadora de lectura y Estudiante de la Maestría en Literatura Aplicada de la Universidad Iberoamericana Puebla. nautaazul@gmail.com

*Me interesa la historia del alma.
La cotidianidad del alma.
Aquello que la gran Historia suele olvidar,
aquello de lo que prescindir su visión altiva.
Yo me dedico a la historia omitida*
Svetlana Alexiévich

Entre 2008 y 2018 laboré en una asociación civil de fomento a la lectura, la cual colabora con distintos grupos o espacios, con los que comparte objetivos. Uno de esos espacios fue la Biblioteca Comunitaria Se Sentanemililis, ubicada en la localidad de Ayotzinapan, en Cuetzalan del Progreso, uno de los 217 municipios del estado de Puebla, en México. Ayotzinapan cuenta con aproximadamente 800 habitantes. La mayoría de la población habla náhuatl y español; sus índices de escolaridad son muy bajos, pues según datos del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL) hasta el 2010 el 40% de personas de 15 años y más tenía educación básica incompleta. Entre las actividades económicas principales se encuentra la siembra de café y pimienta y el bordado. Cuenta con el servicio de luz eléctrica, sin embargo, es común que este falle y pasen días enteros sin él; la señal de celular solo llega en puntos específicos y, por lo tanto, no se cuenta con el servicio de internet.

En la Biblioteca Se Sentanemililis se ofrecen servicios como consulta de libros y préstamo a domicilio. Esta biblioteca es particular porque fue gestionada por la misma comunidad y algunos de los usuarios que crecieron con la biblioteca ahora son los responsables de este espacio. A continuación, se cuenta un poco de su historia.

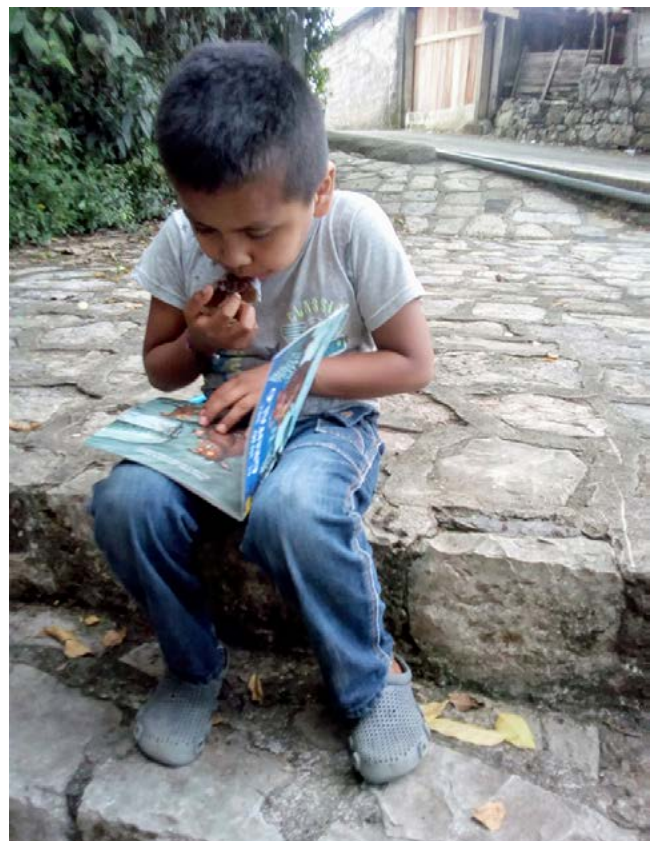
Entonces tuvimos esa idea de hacer la biblioteca: la historia de la biblioteca

En 2009 un grupo de jóvenes vio la necesidad de contar con una biblioteca en su comunidad. Esto porque necesitaban un lugar para llevar a cabo sus tareas, porque los libros que tenían en casa eran insuficientes, porque la biblioteca más cercana estaba a media hora en transporte

público y porque veían que la deserción escolar era una constante.

«Mi mamá no me podía ayudar a veces con mis tareas y mi papá regularmente no estaba, porque estaba en el trabajo. Entonces yo tenía que ir con mis tíos, porque ellos habían estudiado hasta el bachillerato. Todos los habitantes de la comunidad tenían una historia similar. La mayoría no entendíamos las palabras de los libros, pedíamos ayuda. Pensamos que tal vez los diccionarios podrían apoyarnos, a mí me ayudaron muchísimo. Entonces pensamos en un espacio donde por lo menos hubiera diccionarios. Esa fue la necesidad.»

Gaudel, 27 años, abogado



Fotografía proporcionada por los autores del artículo

Este grupo pensó en tener un espacio donde por lo menos hubiera diccionarios, porque al ser una comunidad donde se habla el náhuatl, la dificultad de comprender palabras en los libros de texto era una constante.

«Yo me acuerdo que éramos muchos chicos que, cuando nos reuníamos, decíamos: "Queremos hacer algo en la comunidad", pero no sabíamos qué. Dijimos: "Pues una biblioteca estaría muy bien". Empezamos a ver cuáles eran las necesidades de la comunidad y veíamos que la educación aquí no está bien vista, es más importante ir a sembrar, ir a trabajar, porque así es la cultura, es de generación en generación lo que se transmite. Entonces, nos decidimos a eso, porque veíamos: "Si queremos investigar algo, vámonos a Cuetzalan, vámonos a San Miguel, está lejos, el pasaje, no hay dinero, está lloviendo, mejor no estudio", así de fácil, entonces fue cuando tuvimos esa idea de hacer la biblioteca.»

Fátima, 19 años, estudiante de contaduría

En el 2010, este grupo de jóvenes se constituyó como asociación civil con el nombre de Se Sentanemililis, que significa: un solo pensamiento.

Los adultos de Ayotzinapan no habían soñado con llegar a tener una biblioteca, pues algunos ni siquiera habían visitado una y ni se imaginaban cómo era.

«De niña nunca visité una biblioteca. De las bibliotecas supe apenas, nada más escuchaba, porque yo casi no estudié, nada más la primaria. Casi no me apoyó nadie, entonces ya no fui. Ya después, algunos compañeros... porque la mamá de Fátima es mi compañera y ella estudió y con ella platicaba y me decía: "Ahí está una biblioteca en San Miguel". Pero yo nada más escuchaba, porque yo como no estudié, no me llegaba a mi mente que había libros. Yo no me imaginaba qué era una biblioteca, no me imaginaba nada.»

Virginia, 38 años, artesana

Gaudel, que en ese entonces estudiaba la universidad en la ciudad de Puebla, compartió la idea de la biblioteca con un amigo, maestro universitario.

«Y empezamos a pensar y Jorge siempre decía: "A ver, vamos a ponernos a imaginar

cómo va a ser ese espacio, que si va a tener mesas, sillas, los libreros cómo van a estar puestos", a imaginar totalmente y nos reuníamos para eso, aunque no había nada imaginábamos, pensábamos en los talleres, con él fue como un ejercicio de imaginación y entiendo que era como una suerte de resistir, porque en realidad no teníamos nada, mientras vamos gestionando el imaginar nos ayudaba a resistir y a no soltar el proyecto.»

Gaudel, 27 años, abogado

Posteriormente lograron contactar con una fundación, la cual donó dinero para material de construcción y 167 libros. La comunidad también empezó a donar libros e incluso un cuadro que actualmente está colgado en la biblioteca.



Fotografía proporcionada por los autores del artículo

Gaudel, de 18 años en ese entonces, pensó que la biblioteca podría estar en un terreno cercano a la primaria. Entonces, le pidió a su papá que intercambiara un terreno suyo por el que a Gaudel le había gustado. El padre logró hacer el trato. El terreno adquirido ya tenía una construcción empezada, pero le faltaba el techo, el cual fue construido por la comunidad.

«Ya hay gente que empieza a mirarnos, a darnos libros, a regalarnos un cuadro, se empieza a divulgar la idea con otras personas, entonces empieza a generar como ciertos compromisos, eso nos llevó a que yo le planteara otra vez a mi papá: "Oye, ¿sabes qué?

pues creo que esto sí va en serio", entonces él dijo: "Sí, no hay problema, entonces vamos a ponerle la loza a la biblioteca". Y se invitó a las personas de la comunidad para que apoyaran. En un día quedó, obviamente contrató un albañil mi papá para que hiciera toda la parte del alambre que ponen, todos los palos, tablas y demás. Muchísima gente participó y llegaron mujeres con comida.»

Gaudel, 27 años, abogado

Posteriormente Gaudel conoció a un australiano (en esta comunidad es común que personas de otros países lleguen a hacer trabajo comunitario) que enseñó y ayudó a los jóvenes a hacer las ventanas de madera y los libreros para la biblioteca. Finalmente mandaron a hacer la puerta con un carpintero para que ésta fuera más segura.



Fotografía proporcionada por los autores del artículo

Mientras se construía y adaptaba el espacio para transformarse en biblioteca, los niños que viven en los alrededores se imaginaban que quizá sería una nueva casa y otros que sería una escuela. Cuando

supieron que sería una biblioteca porque algún vecino les dijo, porque vieron que en la fachada del espacio decía BIBLIOTECA o porque escucharon que la anunciaron en la radio comunitaria, los niños se emocionaron.

Cuando yo nací ya estaba

La conozco desde el inicio

Pero ya no me acuerdo qué día empezó

La conozco desde que se inauguró

Cuando se fundó yo era un niño de seis años

La conozco desde los cinco años, me trajo mi mamá

Vi cuando la construyeron

Pasé cuando la estaban haciendo, pensé que era una casa

La conozco desde que tenía como siete años

La vi cuando venía bajando de Cuetzalan

Vengo desde los nueve años

Escuché que ya estaba

La anunciaron en la radio y quise venir

Don Martín avisó: ya van a abrir

Sentí emoción porque pensé que iba a ir

Mi mamá me dijo: «vamos»

Me pareció que era bonita

Cuando la vi me sorprendí porque había muchos libros

Me daba miedo

Cuando entré tenía pena, tenía miedo

Vi a muchos que estaban leyendo, pensé que estaban en una "tipo" escuela

Me interesó porque los niños estaban haciendo actividades divertidas

Vi que decía: Biblioteca

Voces de Claudia (8 años), Eufemia (8 años), Leidi (11 años), Cristian (9 años), Tonal (11 años), Uriel (11 años), Kevin (11 años), Jonathan (11 años), Armando (24 años), Guadalupe (35 años), Maricela (32 años), Virginia (38 años) y Micaela (34 años).

Los jóvenes y adultos cuentan que no sabían cómo armar la biblioteca, no sabían muy bien qué harían con ella, pero pensaron que tendría que ser la casa más acogedora del pueblo.

«No había un concepto de biblioteca, no existía en nuestro imaginario, existían los libros

de texto, los Libros del Rincón cuando estudie no habían, no existía un concepto de biblioteca. Lo que una vez dijimos con Jorge es que sea la casa más acogedora del pueblo, si no quieren leer que no lean. Habrá espacios para leer en silencio y afuera podrán jugar o al lado, también se ha pensado que los libros estén lo más abajo posible, que no tengan que pedir al adolescente que no soporta a nadie y el niño se va porque tiene miedo de pedirle a alguien que le ayude.»

Gaudel, 27 años, abogado

El sábado 13 de octubre de 2012 la escritora Elena Poniatowska inauguró la biblioteca y donó más de 500 libros. Para ello realizaron un festival en la primaria y convocaron a toda la comunidad.

«El día de la inauguración, que se necesitan sillas, se necesitan mesas, que no hay carro para trasladar sillas, entonces nos apoyamos, la organización de Yohualichan nos apoyó con la camioneta, fuimos a traer sillas, mesas, comida. La comida se hizo aquí [su casa], lo llevamos en el centro para darle de comer a todos y participó la secundaria de San Andrés, la de acá y fueron varios.»

Gabriel, 57 años, campesino

Actualmente, los usuarios regulares son niños de entre seis y 12 años. Ellos asisten ahí a buscar información para realizar sus tareas, a observar y explorar los libros, a escuchar lecturas en voz alta, a leer con sus amigos, a escribir, a dibujar, a conversar y a jugar.

«Pensábamos que era para darle información a los niños, pero al final, desde mi punto de vista, la función que tenía era la de formar una comunidad con los niños, porque ahí se conocían todos los niños, se concentraban. Entonces, yo creo que después de cumplir con dar la información a los niños, cumplía también con ser ese lugar que necesitaban para concentrarse, tanto niños y jóvenes.»

Roberto, 28 años, fue bibliotecario durante cinco años

Los usuarios de la biblioteca llegan a esta en cuanto saben que la biblioteca se abrió, ya sea porque vieron pasar el encargado de abrir, porque otro niño les dijo o porque lo anunciaron en las bocinas de la comunidad. Ingresan al espacio de manera libre, no hay un "¿puedo pasar?", es como si el espacio fuera tan suyo, como su casa, que no necesitan pedir autorización para ingresar.



Fotografía proporcionada por los autores del artículo

Vienen para aprender a leer.

Les gusta traer cuentos y juegan rompecabezas.

Podían leer poco, sílabas, podían deletrear.

Lo que más les gusta son los libros que pueden leer.

Les era difícil leer porque algunas palabras no podían.

Les gusta más venir por los talleres.

Pueden pedir prestados los libros, los pueden escoger.

Leen cuentos que les gustan.

A veces juegan, a veces leen un libro.

Les gusta que tengo libros, juegan, escriben.

Venían aquí a jugar, aquí aprendieron a leer.

*Vienen a traer libros, hacen libros.
Lo que más le gusta es venir a leer.
Aquí tienen muchos libros que no conocen.
Les ayudo para entender algo, tengo información.
Si no estuviera, los niños no tendrían con qué entretenerse.
Les gustaría leer todos los libros, pero no pueden porque ya no me abren mucho.
Les gustaría encontrarse con todos los niños y jugar.*

Biblioteca Se Sentanemililis

Texto elaborado con las voces de Isai (6 años), Tonal (11 años), Jonathan (11 años), Claudia (8 años), Uriel (11 años), Kevin (11 años), Antonio (11 años) y Leidi (11 años).



Fotografía proporcionada por los autores del artículo

Los primeros en llegar exploran los libros y toman alguno, los hojean, los comentan entre ellos, los dejan y toman otro. Itzel, de 13 años, toma alguna novela corta y se sienta junto a la ventana a leer en silencio, aunque algunas veces el gusto no le dura mucho porque los más chiquitos le piden que lea algún cuento elegido por ellos. Claudia, de ocho años, casi siempre lee en voz alta, a veces me pide que leamos juntas y entonces vamos alternando las páginas o los diálogos, en ocasiones algunos textos llaman la atención de los otros niños y comienzan a acercarse a nosotras para escuchar mejor. Jonathan, de 11 años, copia dibujos de los



Fotografía proporcionada por los autores del artículo

libros que lee. Eufemia, de ocho años, copia fragmentos o textos completos de los libros que le gustaron, en hojas o en algún libro artesanal que hayamos hecho. Este ambiente alrededor de los libros solo es posible cuando se tienen claro que los lectores no son solo de una forma, porque en esta biblioteca, la lectura no solo se limita a decodificar grafías en silencio, aquí la lectura tiene diversos usos, sirve para compartir, para crear, para atesorar momentos.

Y estos lectores tienen sus libros favoritos, como Edwin, de siete años, que siempre pide que le lean *Guapa* de Harold Jiménez Canizales. Cuento en el que una bruja tendrá una cita con el ogro, pero todos los animales con los que se encuentra le dicen que cambie algún aspecto físico para llegar más guapa a su cita, razón por la cual termina siendo otra persona a la que el Ogro no reconoce. Edwin, en cada sesión, me pide leer ese libro y hace lo mismo con cada uno de los adultos que se encuentren ese día en la biblioteca. Y siempre, en cada lectura, Edwin ríe cuando finalmente la Bruja tiene su cita con el Ogro y le dice que el pay que se comieron estaba hecho de los animales que la habían hecho cambiar su aspecto. Otro de los niños, Diego, de tres años, me pide libros de dinosaurios y, mientras los leemos, intenta memorizar los nombres de cada uno y dice que él los podría atrapar o que no le dan miedo. Los libros favoritos de la mayoría implican descifrar alguna imagen como *Esto no es* o *Dos círculos centrados* de Alejandro Magallanes; *Pato Conejo*, de Amy

Krouse; libros de adivinanzas como *Naranja dulce limón querido* o *Verde que te quiero verde*, de la editorial Tecolote. También piden libros que contengan monstruos, entre sus favoritos están *Mi maestra es un monstruo*, de Peter Brown; *El Grufaló*, de Julia Donaldson y *Donde viven los monstruos*, de Maurice Sendak.

En las sesiones de lectura siempre hay alguna lectura en voz alta, pero no se obliga a nadie a escucharla, si el texto les agrada ellos escuchan, si no, exploran otros libros o se ponen a jugar o conversar.



Fotografía proporcionada por los autores del artículo

Los jóvenes de la comunidad se organizan y se encargan de atender a la biblioteca y sus visitantes. Algunos de los jóvenes que ahora se hacen responsables de este espacio, iniciaron yendo a la biblioteca como usuarios.

«Mi participación es desde el inicio de la biblioteca, entré una semana después de la inauguración. En ese momento mi trabajo era mantener el espacio limpio, los libros en su

lugar, cerciorarme de que los libros prestados se regresaran y mantener abierta la biblioteca en todo momento. Eso era lo más importante, no importaba que no hiciera algo más, pero que estuviera abierta la biblioteca. Lo que me daba más emoción era leer con los niños. Pero la verdad yo no sabía nada de bibliotecas, fui aprendiendo.»

Roberto, 28 años, fue bibliotecario durante cinco años

La asociación ha logrado hacer gestiones con distintas instituciones, quiénes han apoyado con acervo, actividades artísticas, talleres de divulgación científica y observaciones astronómicas que se han llevado a cabo en ocasiones especiales como el aniversario de la biblioteca.

La biblioteca, en palabras de sus usuarios, les sirve para saber más de ellos y de otros. Y la concepción de la biblioteca como una extensión de la escuela poco a poco ha ido cambiando, ahora es también un lugar de encuentro y visitarla es tan natural como ir a cortar café en cada cosecha.

«Claudia en algún momento dice que para ella la biblioteca es como la iglesia, como la escuela, como la tienda de Don Rufino, que es la más vieja. Y que para ella leer es como cortar café cuando llega la temporada, y como jugar. Eso es un parteaguas. Es un parteaguas porque entramos en la lógica de dos cosas. Uno, de la naturalidad del espacio que forma parte del imaginario de varios niños, que cuando se inauguró tendrían uno o dos años, y años después dicen: "La biblioteca es como la escuela, siempre ha estado ahí". La biblioteca se convirtió en otro espacio más de la comunidad, para Claudia y su generación, la biblioteca ha estado siempre. Y dice que para ella leer es como ir a cortar café, porque cortar el café es una manera de sobrevivir, llega la época de cosecha del café y mucha gente va a cortarlo, porque de eso vive, se vende, se va al campo y comes con tu familia allá. Esa naturalidad de lo que pasa año con año en la cosecha del café es lo mismo de este lado.

Voy a leer, es normal, como jugar que es lo normal. Estoy en una comunidad donde voy a la escuela, donde no sé si vaya a misa pero está la iglesia, donde si hay algo que necesito voy a la tienda de Don Rufino, o si quiero jugar o leer pues voy a la biblioteca. Esos cuatro años después es una gran enseñanza.>>

Gaudel, 27 años, abogado

Lo anterior ejemplifica una práctica sencilla y replicable en cualquier espacio de lectura, si se cuenta con buenos materiales y con personas que acompañen o guíen. Y rompe con algunas ideas sobre el rezago de comunidades rurales, pues si bien esta comunidad tiene carencias en cuanto a servicios, puede tener mayor riqueza en experiencias de lectura. Lo aquí narrado es un ejemplo de las historias que no se cuentan, de los lectores que no se conocen y de los proyectos que no se visibilizan.

Me gusta revisar los libros de los antepasados, de gente indígena, porque de ahí somos, ¿no?: sobre los testimonios

El discurso hegemónico o las historias de los poderosos son las que sobresalen a lo largo de la historia y llegan a todos, como si estos discursos oficiales invisibilizaran a las historias pequeñas, impidiendo que las conozcamos. Entonces, ¿cómo narrar la historia cuando somos "personajes secundarios" y no protagonistas? El género testimonial ofrece una posibilidad, pues las historias son contadas en la propia voz de sus protagonistas, por esta razón elegí el testimonio para representar a estos sujetos.

Los testimonios de este proyecto se recabaron en un periodo aproximado de ocho meses y son producto de conversaciones espontáneas y de entrevistas, que se llevaron a cabo en la Biblioteca Se Sentanemililis en Ayotiznapan, Cuetzalan, y en algunas casas de los usuarios de la biblioteca. Los entrevistados son, en su mayoría, niños de entre ocho y 11 años que asisten a las actividades de la biblioteca, por lo que los testimonios se recopilaban antes o después de la actividad programada.



Fotografía proporcionada por los autores del artículo

Los adultos no ingresan regularmente a la biblioteca, salvo que haya una reunión programada para ellos, algunos solo asisten para llevar o recoger a sus hijos, por eso pocos pudieron ser entrevistados en ese espacio y la mayoría en sus domicilios.

Todas las personas entrevistadas tienen una relación con la biblioteca, ya sea porque formaron parte del grupo que se organizó para fundarla y atenderla, porque son usuarios o porque sus hijos asisten. Lo anterior porque el aspecto de la realidad que pretendía plasmar es la de las experiencias lectoras y de mediación de lectura en una biblioteca comunitaria, desde la voz de sus protagonistas.

Como si el que leyera estuviera en otro nivel: lo que se dice de la lectura

México es un país de no lectores, reportan diarios electrónicos como *El país* o *El Universal*, tras los bajos índices de lectura que reveló el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) en el Módulo sobre Lectura (MOLEC) 2018, en donde podemos visualizar que 45 de cada 100 personas leyó al menos un libro, cifra que en 2015 fue de 50 de cada 100.

Los medios televisivos nos saturan con campañas de lectura que no hacen más que banalizar esta actividad, como la impulsada por el Consejo de Comunicación que consistió en elaborar carteles y comerciales en donde actores o cantantes invitaban a leer. Pero en contextos donde las palabras *libro* o *biblioteca* no son cotidianas o restringen su uso a la escuela, campañas como "Lee veinte minutos al día", "Leer es divertido" o "Libros a veinte pesos", difícilmente podrán fortalecer las prácticas lectoras. No basta con dar una instrucción general, como si todos viviéramos de la misma manera; ni con describir una acción que no se parece en nada a las prácticas de lectura de la mayoría; ni tampoco bajar el costo de un objeto que, para la mayoría, solo tiene utilidad en la escuela, costo que para la mayoría representa poder llegar a la escuela o al trabajo.

Los índices de comprensión lectora son muy bajos, según los resultados del Programa Internacional de Evaluación de los Alumnos (PISA), y la estrategia de la Secretaría de Educación Pública, en 2010, fue mejorar la velocidad lectora. Para ello, estableció en sus Estándares Nacionales de Habilidad Lectora el número de palabras que los alumnos debían leer por minuto, de acuerdo con su grado escolar. La lectura reducida a "prácticas pedagógicas bancarias, orientadas a los aspectos más mecánicos de la lectura y la escritura; no a leer para escribir, para pensar, o para generar y comunicar conocimiento" (Hernández, 2005, p. 42). Quizá por ello la palabra lectura suele remitir a prácticas escolares, obligación, tareas, exámenes, silencio, castigo o algo fácil de realizar y, por lo tanto, que no vale la pena llevar a cabo.

La escritora nigeriana, Chimamanda Adichie (2009), habla del peligro de una sola historia, del riesgo de hablar desde un solo punto de vista, desde un lugar, pues esto puede fomentar falsas imágenes, estereotipos, exclusión y marginación.

La historia "única" de la lectura que prevalece en el discurso hegemónico es la de una actividad escolar o de intelectuales, recientemente de actores o deportistas. Lo que se lee en esa historia

única de la lectura es "alta" literatura, lo avalado por el canon literario, los clásicos. En esa historia los adultos tienen las posibilidades para adquirir libros, y tienen tiempo para leer solos y para leer con sus hijos. Y en esa historia todos pueden leer, pues tienen acceso a instituciones educativas. Pero existen otras historias de la lectura, a las que el discurso hegemónico no da espacio. Historias como las de las personas que leen recetas de cocina, el periódico o cuentos infantiles; de gente que no tiene acceso a instituciones educativas o culturales y que se ve en la necesidad de organizar a su comunidad para contar con una biblioteca; de niños que leen a sus padres porque éstos no están alfabetizados. Porque las prácticas de lectura son muchas y muy variadas, pero los discursos oficiales, los medios de comunicación han legitimado solo algunas, invisibilizado otras que no son menos valiosas o legítimas; y han creado falsas imágenes de la lectura y estereotipos de lectores que más que inducir a leer, dicen: "esta no es una actividad para ti".

Estas son las razones por las cuales emprendí el proyecto de contar la historia de una biblioteca desde las voces de sus actores: la imposición de imágenes y discursos sobre la lectura y los lectores y la escasez de oportunidades de convivencia con la palabra escrita.

Me gustan los libros porque veo cosas nuevas, cosas que no he visto: sobre los lectores



Fotografía proporcionada por los autores del artículo

El acto de leer es usualmente menospreciado, pues para la mayoría de las personas leer es una actividad banal, incluso para algunos representa una pérdida de tiempo. Muestra de ello es la definición que encontramos en el Diccionario de la Real Academia Española (RAE) "Leer: Pasar la vista por lo escrito o impreso comprendiendo la significación de los caracteres empleados." Es decir, leer se reduce a una actividad pasiva que involucra solo el sentido de la vista para decodificar grafías entre personas que reconocen los signos escritos. Pero cuando se tiene que leer en una lengua distinta a la que hablas, porque no hay textos en tu lengua materna, esta actividad no es para nada una actividad pasiva, se vuelve una batalla.

Si alguien que intenta fomentar la lectura partiera de la definición de la RAE, su tarea solo se reduciría a la enseñanza de caracteres, sus combinaciones, pronunciaciones y usos correctos, que le permitan acceder al significado de los textos. La experiencia nos ha mostrado que esto no es suficiente, estar alfabetizado no es equivalente a ser lector. Kohan señala: "no solo se trata de formar lectores: se trata de formar buenos lectores [...] Si no, es como una especie de fetichismo de la lectura por la lectura misma, o de la esperanza de que, aunque lea malos libros, 'ya lo hemos traído a la república de la lectura'" (s. f.).

Desde la perspectiva de Los Nuevos Estudios de Literacidad (NEL), las prácticas letradas son un "conjunto de prácticas sociales que pueden ser inferidas a partir de eventos mediados por textos escritos" (Barton y Hamilton, 2004, p. 109), entonces existen distintas literacidades de acuerdo con los diferentes ámbitos de la vida. Pero las prácticas letradas están configuradas por las instituciones sociales y las relaciones de poder y, por lo tanto, algunas literacidades se vuelven más dominantes (hegemónicas), visibles e influyentes que otras, las llamadas literacidades cotidianas (vernáculos), literacidades ocultas (Barton y Hamilton, 2004, p. 110). Lo anterior resulta en "inclusión y exclusión de ciertos sujetos y sus conocimientos; de ciertas voces, lenguas y

variantes dialectales; y de ciertos roles e identidades letradas" (Hernández, 2019, p. 368).

Gregorio Hernández defiende "una visión de la literacidad que privilegia un proyecto de formación de sujetos, es decir, *formación de sujetos con voz*, que tengan la *capacidad y la disposición para pensar y hablar por sí mismos públicamente*" (2019, p. 377), en una sociedad que excluye a la mayoría de recursos y prácticas que hacen cada vez más grande la brecha entre quienes pueden conocer y exigir sus derechos y los que no, y que etiqueta a ciertos grupos como "analfabetas" o "poco lectores"; logrando con esto disminuir las posibilidades de participación de los sujetos marginados en prácticas letradas dominantes. Entonces, "ser letrado implica no solo dominar un sistema de escritura, sino también el conjunto de valores, creencias y prácticas indispensables para adoptar y actuar una *identidad dentro de discursos sociales específicos*" (Gee, 2004, citado en Hernández, 2019), para ello se requiere de momentos y espacios donde se conviva con distintos discursos.

Dice Larrosa (2006, p. 94) que lo importante desde el punto de vista de la experiencia, no es lo que los textos puedan decir o lo que los lectores puedan decir sobre los textos, sino el modo como, en relación con esos textos, los lectores pueden formar o transformar sus propias palabras, ideas y sentimientos; para hablar, pensar y sentir por sí mismos, en primera persona, con sus propias palabras e ideas, con sus propios sentimientos. Por tanto, cuando hablamos de formar lectores, no solo hablamos de lectores de letras o de libros, sino de sujetos capaces de leer el mundo y, como parte de éste, capaces de producir discursos propios en cualquier ámbito.

En los discursos hegemónicos, como campañas o programas federales de fomento a la lectura, los lectores y aún más los niños lectores son ignorados. Por ejemplo, la *Encuesta Nacional de Lectura* solo considera informantes mayores de 12 años. Y los datos de esta encuesta muestran que las limitantes para leer, más mencionadas por la población, son la ausencia de una biblioteca o de



Fotografía proporcionada por los autores del artículo

un lugar de fomento a la lectura y la falta de tiempo; sin embargo, estas respuestas no importan, pues no ha habido acciones que ayuden a resolver o disminuir esas limitantes. Lo mencionado por esos lectores ha sido ignorado.

Dice Vera-Herrera que "Recrear la historia propia es atrevimiento, subversión, y el mundo será pleno cuando las historias surgidas desde la rendija y que son negadas por la historia oficial, adquieran peso y reconocimiento" (2018, p.8). Este trabajo comparte relatos de una comunidad rural bilingüe, que construyó su propia biblioteca comunitaria. Según la antropóloga lingüista, Shirley Heath: "Las comunidades letradas han sido históricamente grupos de elite que mantienen su conocimiento, su poder, y a sí mismos, separados de las masas" (citado en Hernández, 2005), ante esa realidad se hace necesario mirar y escuchar, en todos los rincones, esas otras historias a las que los grupos de élite no dan lugar.

En México, según datos del CONEVAL, los pueblos indígenas son los que tienen mayores índices de marginación, esto significa vivir con carencias alimenticias, educativas y de acceso a servicios de salud. La RAE define marginación como: "Situación de aislamiento en que se encuentra una persona respecto al grupo o colectividad a la que pertenece, lo que normalmente le resulta perjudicial". Las comunidades rurales, además de vivir con privaciones de servicios básicos, han sido privadas de pertenecer a una comunidad letrada más amplia que permita que su historia sea escuchada y reconocida por otros.

En México, poco se sabe sobre los lectores y los espacios de lectura no escolares, pues la mayoría de las investigaciones sobre lectura se enfocan en el contexto escolar. Como si la lectura solo pudiera pertenecer o suceder en lugares reconocidos por las instituciones y entonces los textos y los lectores solo son los que están dentro de estos espacios, marginando otros.

Algunas veces me paro a ver la biblioteca para ver si ya vienen a abrirla: conclusiones

Me parece necesario compartir experiencias como la de la Biblioteca Se Sentanemililis, pues muestra cómo una comunidad puede superar sus condiciones de marginalidad; que no solo las instituciones pueden establecer los programas, metodologías o acciones para el fomento de la lectura, el valor que tienen la participación ciudadana y el interés de las personas en construir otras posibilidades y beneficios para sus comunidades.

Disfruté encontrar en los testimonios las diversas posibilidades de la lectura, que en un principio eran claramente escolares y que ahora conviven con otras como: el compartir, conversar y jugar. En testimonios tanto de niños como de adultos, y sobre todo, en quienes estaban o están al frente del proyecto de la biblioteca.

Escuchar los relatos de personas que son casi de mi edad, que hablaban como si fueran mucho mayores, pues en sus relatos se reflejaba una realidad muy distinta a la mía, me hacía sentir como si pertenecieran a otra época. Me parecía inconcebible que alguien no imaginara siquiera qué era una biblioteca o que los únicos textos a los que había tenido acceso eran los de la escuela. Pero son historias que existen y que hablan del rezago y la brecha cultural que cada vez se hace más grande en algunas zonas rurales.

En los testimonios también encontré argumentos sobre la función prioritaria que deberían tener las bibliotecas, reunir a las personas como comunidad, no solo como un conjunto de personas que viven

juntas, sino como un grupo que decide reunirse para leer juntos y leerse entre ellos.

Y, sobre todo, en lo que hacen o dicen los niños son argumentos suficientes para hablar de la importancia de una biblioteca: el que una niña lea en voz alta, que los niños te pidan leer y exploren los libros uno tras otro, que hablen de los libros que disfrutan y que pregunten cuándo volverás a la biblioteca. Todo eso, para mí, habla de la necesidad de escucha, de información, de historias, de juego y quizá de pertenecer a una comunidad distinta a la que comparten con su familia, porque en la biblioteca ellos son los que deciden qué, cómo y cuándo leer.

Las voces de la Biblioteca Se Sentanemililis son una muestra de las voces silenciadas por el discurso hegemónico; de las comunidades con dificultades para acceder a sus propias letras, para escribir su propia historia, que son señaladas cuando usan sus palabras y que han sido marginadas de la historia oficial. Estas voces hablan de su historia dentro del gran discurso, de su propia historia; son un ejemplo de cómo el imaginar puede ser el inicio de grandes cambios; hablan de libros, de sus carencias, de sus dificultades, de lo que les gusta y de sus sueños. Porque, el objetivo de una biblioteca no tendría que ser que los sujetos lean, escriban o memoricen discursos de otros, sino que elaboren sus propios discursos, el texto de su historia personal.

Referencias bibliográficas

- Adichie, C. (2009, julio). *El peligro de la historia única* [video]. Conferencia TED. https://www.ted.com/talks/chimamanda_ngozi_adichie_the_danger_of_a_single_story?language=es#t-3470
- Barton, D. y Hamilton, M. (2004). La literacidad entendida como práctica social, 109-140). En V. Zavala. *Escritura y sociedad. Nuevas perspectivas teóricas y etnográficas*. Red para el desarrollo de las ciencias sociales en el Perú.
- Abramowski, A y Dussel, I., (s. f.). *Martín Kohan: la escuela tiene que separar la buena de la mala literatura, sin remordimientos*. Consultado el 21 de septiembre de 2020. <http://168.83.90.80/monitor/nro16/conversaciones.htm>
- CONEVAL. (s. f.). *Medición de la pobreza*. Consultado el 10 de agosto de 2020. <https://www.coneval.org.mx/Medicion/Paginas/PobrezalInicio.aspx>
- Hernández Zamora, G. (2005). *Pobres pero leídos: La familia (marginada) y la lectura en México*. México: CONACULTA.
- Hernández Zamora, G. (2019). De los Nuevos Estudios de Literacidad a las Perspectivas Decoloniales en la investigación sobre literacidad. *Íkala, Revista de Lenguaje y Cultura*, 24(2), 363-386.
- Larrosa, J. (2006). Sobre la experiencia. *Aloma. Revista de Psicología i Ciències de l'Educació*, 19, 87-112.
- PueblosAmérica.com. (s. f.). *Ayotzinapan*. Consultado el 27 de noviembre de 2019. <https://mexico.pueblosamerica.com/i/ayotzinapan/>
- Trujillo, J. (2015.). *Encuesta Nacional de Lectura*. Primera edición. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Vera-Herrera, R. (2018). *Veredas*. México: Itaca.



Artículo recibido: 23 de agosto de 2020

Dictaminado: 17 de septiembre de 2020

Aceptado: 30 de septiembre de 2020